

SE encuentra en Cuba el poeta español José Agustín Goytisoló. Forma parte del jurado del Premio de Poesía en los Concursos Nacionales de Literatura organizados por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Hace pocos días, en el propio local de la UNEAC, el poeta ofreció una lectura de sus obras. Una amplia concurrencia, cerca de un centenar de personas, se agolpaba en el salón en torno a Goytisoló. Había una verdadera avidez para escuchar sus poemas. En el público predominaban los jóvenes, totalmente volcados en el afán de aprehender la expresión y el mensaje del poeta español.

José Agustín Goytisoló nació en 1928. Tiene, pues, treinta y ocho años. Su primer obra poética, *El Retorno*, apareció publicada en Madrid en 1955. Después fueron surgiendo otras, *Seis Poemas*, en 1957, *Salmos al viento* (Barcelona, 1958), *Claridad*, (Valencia, 1960), *Años decisivos*, (1964). Otros poemas de Goytisoló se encuentran dispersos en revistas y otras publicaciones periódicas.

En los últimos lustros se ha desarrollado en la poesía española actual una nueva tendencia: histórica, realista, fundamentalmente narrativa. Dentro de ella cabe la obra poética de José Agustín Goytisoló. En la lectura de sus poemas que escuchamos en la UNEAC podía observarse la evolución que muestra su poesía, en busca de una desnudez de expresión, de un tratamiento directo, cotidiano, con los temas. Es esta poesía de Goytisoló, la más reciente y valiosa, una expresión amarga, dura, que se mueve en planos de la vida opaca de todos los días. Existe en ella un abrazo fuerte con la realidad y un rechazo enérgico de las circunstancias hostiles. Poesía de rebeldía, se observa en estos poemas un sordo rumor de irritación, una actitud de afirmación en el hombre, un afanoso y desesperado deseo de asomarse a lo porvenir.



NUEVA POESIA DE ESPAÑA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Por SALVADOR BUENO

LOS CELESTIALES

DÉSPUES y por encima de la pared caída, de los vidrios caídos, de la puerta arrasada, cuando se alejó el eco de las detonaciones

y el humo y sus olores abandonaron la ciudad, después, cuando el orgullo se refugió en las cuevas, mordiéndose los puños para no decir nada, arriba, en los paseos, en las calles con ruina que el sol acariciaba con sus manos de amigo, asomaron los poetas, gente de orden, por supuesto.

Es la hora, dijeron, de cantar los asuntos maravillosamente insustanciables, es decir, el momento de olvidarnos de todo lo ocurrido y componer hermosos versos, vacíos, sí, pero sonoros, melodiosos como el latido, que adormezcan, que transfiguren, que apacigüen los ánimos, ¡qué barbaridad!

Ante tan sabia solución se reunieron, pues, los poetas, y en la asamblea de un café, a votación, sin más preámbulo, fue Garcilaso desenterrado, llevado en andas, paseado como reliquia, por las aldeas y revistas, y entronizado, en la capital. El verso melodioso, la palabra feliz, todos los restos, fueron comida suculenta, festín de la comunidad.

Y el viento fue condecorado, y se habló de marineros, de lluvia, de azahares, y una vez más, la soledad y el campo, como antaño, y el cauce tembloroso de los ríos, y todas las grandes maravillas fueron, en suma, convocadas.

Esto duró algún tiempo, hasta que, poco a poco, las reservas se fueron agotando. Los poetas, rendidos, de cansancio, se dedicaron a lanzarse sonetos, mutuamente, de mesa a mesa, en el café. Y un día, entre el fragor de los poemas, alguien dijo: Escuchad, fuera las cosas no han cambiado, nosotros hemos hecho una meritoria labor, pero no basta. Los trinos y el aroma de nuestras elegías, no han calmado las iras, el azote de Dios.

De las mesas creció un murmullo rumoroso como el océano, y los poetas exclamaron: Es cierto, es cierto, olvidamos a Dios, somos ciegos mortales, perros heridos por su fuerza, por su justicia, cantémosle ya.

Y así el buen Dios sustituyó al viejo padre Garcilaso, y fue llamado dulce tirano, amigo, mesías lejanísimo, sátrapa fiel, amante, guerrillero, gran parido, asidero de mi sangre y los Oh, Tú, y los Señor Señor, se elevaron altísimos, empujados por los golpes de pecho en el papel, por el dolor de tantos corazones valientes.

Y así perduran en la actualidad.

Esta es la historia, caballeros, de los poetas celestiales, historia clara y verdadera, y cuyo ejemplo no han seguido los poetas locos, que, perdidos en el tumulto callejero, cantan al hombre, satirizan o aman el reino de los hombres, tan pasajero, tan falaz, y en su locura lanzan gritos, pidiendo paz, pidiendo patria, pidiendo aire verdadero.

(Salmos al viento, 1958).